EN EL NOMBRE DEL HIJO

EN EL NOMBRE DEL HIJO

JUAN ANDRÉS MOYA MONTAÑEZ

Durii

Escribir una novela de la envergadura de «En el nombre del hijo» ha sido una tarea ardua, a veces tortuosa, que me ha llevado más de tres años. Consecuentemente, si hubiera de mencionar a todos aquellos que han contribuido —directamente o indirectamente— a su realización, acaso necesitara un periodo de tiempo similar o incluso mayor. Por ello, quiero dar las gracias sucintamente a los que han compartido su conocimiento conmigo y me han asesorado en materias históricas, médicas, legales, policiales o de otra índole durante la escritura de la novela.

Gracias, también, a los que me han ayudado en el proceso de redacción y edición, ya fuera localizando erratas (que son siempre innumerables), resolviendo mis dudas, proponiendo ligeras modificaciones o influyendo positivamente en asuntos como la puntuación, el ritmo o la corrección ortotipográfica.

Finalmente, gracias a todos aquellos que me han inspirado por el camino, pues todos ellos, cada cual a su manera, han contribuido a forjar mi papel como escritor.

Porque yo esperaba el alba, el alba llegó.

GÉNESIS

«En el principio»

ב

Yo iré en su búsqueda.
Pero él no regresará
Conmigo.

SAMUEL 12:23

Garrucha, Almería.
Julio de 1936.

†

—¡Abra la puerta, *mare*! ¡Por lo que más quiera, abra!

Chascaba la aldaba contra la placa de estaño lo mismo que un trueno. Los ojos —de un azul violento— le ardían a azufres en la penumbra del rellano

—¡Abra de una vez! —con la voz de alambre.

Apenas se descorrió el pestillo y ya relampagueaban las vestiduras de Águeda con un aleteo pernicioso. Llevaba en la cara blanca pintada la locura.

—¡Ay, *mare*, que se han *llevao al* Fali! ¡Se lo han *llevao*! Dios de mi alma, ¿qué voy a hacer ahora? —ametrallaba y se retorcía, caminando sin son por el pasillo—. Han *sío* los hijos de puta de los militares, ¡me cago en *tos* sus muertos! ¿Y ahora qué hago yo? ¿Qué voy a hacer, madre de Dios…?

Julia ni respiraba, aún con la mano en el cerrojo. Anduvo luego hasta su hija, la sostuvo por los hombros y se zambulló en esa marea turbia que le cuajaba la mirada. En la planicie bajo las aguas no halló sino amarguras.

—¡Párate, Águeda! —riñó con brío; el moño prieto le vibró con la riña—. ¿De qué me estás hablando? ¿Quién se ha *llevao al* Fali y *pa* dónde?

—Han *entrao* los militares, *mare*. ¡Han *entrao*! No se ha *escuchao* otra cosa en *to* la mañana, y están buscando a los rojos *pa* encarcelarlos. —Se cubría la boca; lloraba ya hacia la cocina. Iba Julia detrás—. ¡Y han *cogío al* Fali! ¡Lo han *cogío*!

—Pero ¿cómo te has *enterao*? ¿Quién te lo ha dicho?

—El Vicentico, que ha *venío* corriendo a la escuela *pa* contármelo; dice que se lo han *llevao* dos soldaos *pa'l* cuartelillo, que iban *armaos*… Ay, *mare* de mi alma, que lo van a fusilar.

—¡Calla, hija, no digas eso! —Despreció con una mano, pero apoyaba la otra en el respaldo de una silla, porque de pronto necesitaba un algo de qué asirse.

—Que sí, *mare*, que lo están haciendo en Melilla, están matando a *tos* los rojos de allí, nos hemos *enterao* por la radio. Mira que le dije

que tuviera *cuidao*, que no abriera el cafetín unos días, que se callara. Pero él, *na*… Siempre con la cabezonería.

La figura de Águeda, ella tan altanera, se combaba como diezmada por un peso incalculable. Se le desahogaba el escote y era lo mismo que una promesa vacía que se hace y no se cumple. A través de la ventana, parloteaba una luz mansa que diamantaba los azulejos, pero Águeda no podía verla. Estando el sol en lo alto del mundo, para ella hacía mucho rato que se había puesto. Julia la miraba y se condolía.

—Si es que te lo tenía yo dicho, ¿*ande* vais con tantas leyes los dos, tanta política? Venga ir por el paseo hablando de la república, con cómo están las cosas, con lo pequeño que es esto… ¿Te lo tenía dicho yo o no?

—¡¿Qué más dará eso ahora?! —replicó ella airada y se sentó en un taburete, porque la réplica la debilitaba, pero ya se erguía y deambulaba de nuevo hacia la entrada—. Ay, Dios de mi alma, ¿qué hago? ¿Qué hago yo ahora? ¿Y si vienen a por mí también?

A Julia se le demudó el semblante y hubo de bajar los ojos para comprobar si llevaba el alma enganchada a los pies. Le agriaba la boca el sabor a herrumbre.

—No me digas eso, ¿cómo van a venir a por ti?

—Si lo han *cogío* a él, tienen que saber que también estoy yo *metía* en el asunto. —Un matiz de desesperación en la voz—. Mis hijos… ¿Qué va a ser de mis hijos si me llevan a mí? ¿Quién los va a cuidar? ¿Quién los va a cuidar…?

—¿Dónde están?

—Ay, Dios mío, ¿qué va a ser de ellos…?

—Águeda, ¿dónde están? —conteniéndola por el codo. Ella la contempló como si nunca antes la hubiera visto.

—En…, en la escuela, están en la escuela.

Parpadeó Julia y parpadeando se reivindicaba. Se quitó el mandil y lo arrojó con encono sobre la encimera. Cuando resbaló lentamente hasta el suelo, nadie se molestó en recogerlo.

—Ahora mismo voy yo a sacarlos.

—Pero están con don Eustaquio, *mare*, allí están bien. Lo que tenemos que hacer es ocuparnos *del* Fali, ¿no lo ve *usté*? Porque si le pasa algo a mi Fali, si le pasa…

—¡No me seas tonta! Que pueden ir a por ellos *na* más que *pa* cogerte a ti. ¿Es que no lo habías *pensao*? —Fruncía Julia el ceño, deslumbrada por la mañana—. ¡Si te quieren coger a ti, irán a buscarlos a ellos!

Entonces suspiró Águeda, de pronto con la boca abierta, pues no había un ánimo que la cerrara. Se sujetaba el vientre por puro instinto.

—Ay, no, no, por Dios, no…

—Escúchame, de aquí no te muevas, que los traigo yo ahora mismo. Ni *te se* ocurra abrirle la puerta a *naide*, ¿me has *entendío*? Sea quien sea, tú no le abras, ¿me has *escuchao*? Yo me llevo la llave.

Estrechó Águeda el antebrazo fláccido de su progenitora —a otra muestra de afecto no se atrevía— y la vio franquear ese mismo quicio que acababa ella de atravesar con los puños cerrados y la espalda muy recta. Miró las baldosas en el suelo —¿dónde quedaban?—, la cortina de encaje que flameaba la brisa, un retrato de bodas descolorido —¿quiénes eran? Ya nada entendía—… Luego un silencio pusilánime la devoró, y se supo sola, con un marido secuestrado, una madre envejecida y tres hijos a los que no sabría proteger. Así, adujada frente al claror de la ventana, lloró sin ser consciente de que lloraba.

Media hora más tarde emergían sus caras pálidas por la puerta. Ella los abrazó sin una palabra y dejó que su olor le trasminara la ropa.

—¿Por qué están ustedes tan alteradas? —demandó Soledad, la primogénita, con los hombros estrechos y la melena trigueña. Las observaba achicando los ojos y dudaba.

—¿Qué pasa, mamá? —contribuyó Isabelita, a sus seis años, en un mohín tierno—. ¿Hemos hecho algo malo?

—No, mi vida, claro que no habéis hecho *na* malo —se apresuró en explicar. Sonreía su boca; ella no—. Es que quería estar con vosotros. Tenía muchas ganas de veros a los tres junticos, mis tesoros.

Julia los vigilaba callada desde la cocina. Tomó el mandil del suelo y se lo ató a la cintura. De pronto volvió a quitárselo. Suspiraba.

—¿Por qué tiene los ojos tan rojos? —terció Gonzalo en su celeste de primera comunión—. ¿Ha *estao* llorando?

—De alegría —mintió ella y lo besó—, de lo contenta que estoy de teneros a mi *lao*.

Pero alejaba Soledad su cuerpo del abrazo materno, traicionada por la ficción que presentía en esa mano que, tocándola, no la tocaba,

que leía torcida en las mejillas de esa madre que, mirándola, no la miraba. Esa usura nueva en la tragedia le aterraba más que la ruina.

—Dígame la verdad —todavía con el maletín a la espalda.

Julia tosió.

—Gonzalo, bonico, tráete a tu hermana a la cocina y ponle un vaso de leche, anda —caminó hasta la pequeña y le acarició la barbilla—. ¿A que quieres un vasico de leche, mi nena guapa?

Ella vaciló. Sondeó el azul insolente en los ojos de su progenitora y lo halló intranquilo, pero ya la conducía Gonzalo fuera del vestíbulo. Entornó luego Julia una puerta lacada de verde y plantó su figura quieta junto a la sombra trémula de su hija: así se manifestaba. Y tres mujeres Piñero, desde lo hondo de sus distancias, refrenaron el oprobio que les picaba en la garganta.

—Cuéntaselo a la niña—ordenó sin una inflexión en el timbre.

Estudiaba ahora Águeda las manos venosas de su madre, las muñecas anchas, esas uñas sin pintar que rascaban un frunce en la falda, acaso intentando ubicar en alguna parte ese arrojo que a ella le faltaba. Negó en un gesto terminante y apartó luego la mirada.

—¡Díselo! Tiene que saberlo, tiene derecho.

Entonces se enjugó la humedad en un pómulo y habló:

—Mi vida… Los militares… se han *llevao* a tu padre.

—¿Adónde?

—No lo sé. Me han dicho que al cuartelillo, pero te juro que no lo sé.

Afeó a Soledad un visaje blancuzco. Dejó el maletín en una butaca, pues de repente no soportaba su carga.

—¿Lo van a matar? —Águeda giraba la cara—. No me engañe, madre. ¿Lo van a matar?

—Puede que sí…

Julia levantó la frente. Chascó la lengua y se pronunció:

—Eso no lo sabes tú, Águeda, porque…

—¡Sí lo sé! —lanzó un chillido desquiciado y Soledad retrocedió—. Lo sé, porque es lo que están haciendo con *tos*. Eso es lo que están haciendo… Sí lo sé.

Y callaron.

Anduvo después Julia hasta las formas laxas de su nieta. Le rodeó los hombros con un brazo y musitó algo en su oído. Aquella asintió.

Luego de un rato se dirigió de nuevo a Águeda, ahora vuelta de espaldas junto a una cómoda.

—No hace falta que grites, no tiene *naide* por qué enterarse. Lo que nos faltaba era llamar la atención.

Un temblor en las rodillas de la joven. Ocupó derrengada una butaca.

—Lo siento, *mare.* Me estoy volviendo loca, de verdad, me voy a volver loca… —se atormentaba—. No sé qué vamos a hacer, no lo sé…

Entonces apretó Julia la delgadez de Soledad con más ahínco contra su cuerpo y en esa cadera cortante que se le clavaba a ella en la cintura presintió algo similar a una arenga. Le brillaban los ojos a la luz mustia de la entrada.

—Yo sí lo sé —apretando mucho los labios—, yo sí: tenéis que iros de aquí.

Águeda la devoró con un mechón de pelo empapado en la frente.

—¿Qué dice, *mare*? ¿Cómo…?

—He estado dándole vueltas por el camino y aquí no os podéis quedar, porque la gente sabe que os vais a esconder en mi casa. Este es el primer sitio donde iban a mirar: aquí no estáis seguros.

—Pero es que no hay otro sitio, *mare*, ¿*ande* vamos a ir nosotros?

—A casa de *la* Amparo, ese es el sitio.

—Pero si *el* Marcelo es militar, ¿cómo…?

—Justo por eso allí no os van a buscar —sentenció—. Allí, menos que en ningún sitio, y me deben ellos *munchos* favores, que *pa* algo he *criao* a tu prima como si fuera hija mía. Allí os vais a esconder hasta que pase *to*.

—Ay, *mare,* yo no sé…

—Tú prepara a los niños, coge comida y ropa, que de lo demás me encargo yo, y como que me llamo Julia que os van a recoger, ya los tenga que convencer a guantazos.

Marchó después la mujer por esas calles de Garrucha que le impregnaban de cicatrices la memoria y en cada esquina encontró una advertencia; en el bordillo desnivelado, una amenaza por llegar. Impostó ante las vecinas una sonrisa. Se despojó de saludos, de chascarrillos. Al fin, frente a la playa del Pósito, alcanzó una vivienda encalada de dos plantas. A ella llamó con un nudo en el pecho.

—Pero eso es una cosa *mu arriesgá*, tita —se excusaba Amparo ante la propuesta. El resol bajo la persiana le clareaba la expresión severa—. Como está *to* ahora mismo, puede ser un problema enorme *pa'l* Marcelo. Si ha *salío* corriendo esta madrugada y todavía ni ha vuelto.

—Lo sé, hija, pero ponte un momento en mi lugar: *el* Falín, *encerrao*, y mi Águeda, muertica de miedo. Ya sabes que no tiene ella espíritu *pa na*. Si me la llevan presa, ¿qué hago yo con esos niños? Tú dime.

—Ay, tita, no sé… Podemos meternos en un lío *mu* grande, y ahora que *el* Marcelo pensaba ascender. Con lo regular que andamos de dinero, ¿sabe *usté*?

Ella lo supo y lo desdeñó. Se aferró al poyo de la cocina. Amparo hubo de hacerse a un lado para que cupiera su brazo estirado.

—Dinero… —era su voz como un desierto—. En eso te paras a pensar, en los dineros. ¿Te has *dao* cuenta de que estamos hablando de la *vía* de mis tres nietos? ¿De la *vía* de la única hija que no *me se* ha muerto todavía? ¿Y sabes quién estaría también muerta no *fuera sío* por mí? —preguntó arisca, con el rostro cruzado por una sombra—. ¡Tú!

El dedo acusador delineó a arrugas el cuello de Amparo.

—No *fuera sío* por esta que está aquí delante, pidiéndote socorro, estarías ahora mismo con mi hermana bendita —que Dios la tenga en su gloria—, *callaíta* en lo alto del Vista Alegre. Pero aquí te veo, coleando. ¿Y por qué? Porque te saqué *pa* adelante como si fueras una más de los míos y yo no tenía dinero, porque mi marido no era militar, pero pude; digo si pude… Así que vas a hacer un poder tú también *pa* que a tu prima no se la lleven presa y los vas a ayudar dejando que se escondan en tu casa, ¿está claro?

Lo estaba… Aquella misma noche, desvelada la madrugada, trotaron cuatro figuras ennegrecidas hasta el número siete de la calle Buen Suceso. Mientras aguardaba a que le abrieran la puerta, contempló Águeda esa luna menguante que parecía sajarle a los cirros la osamenta, y presintió que una parte de sí —¡con qué lucidez lo supo!— habría de ser igualmente cercenada.

«Que se acabe *to* esto pronto y pueda tener a mi Fali conmigo», oraría luego en el despacho de Marcelo, tumbada sobre un colchón de

borra. «Que me despierte mañana y haya *sío* una pesadilla, y podamos volver los cinco a nuestra casa». Pero a esa misma hora, a los pies del cerro, se enfriaba un cuerpo con el anular tintado por la misma alianza —¡maldita sea!— que le tatuaba a ella la mano izquierda.

El soniquete de las mareas allende el cuarto en el que se ocultaban encubría ese renquear adolorido del tiempo, y se les moría a los días el nombre apenas roto el alba. Tanto escudriñó Águeda la noche negra del otro lado del cristal que aceptó una ceguera por virtud y sorda se supo de forma definitiva. Se abría y cerraba la puerta que daba a la calle, pero nunca para que fueran ellos los que la cruzaran. Fue como otra muesca en la pintura, el clavo aquel ya oxidado, el desgarro en la silla pesada que ocupaba una esquina. Dejó de ser una mujer para convertirse en un fantasma.

Marcelo y su pelo inmóvil llegaban —pardos de culpa— al antiguo despacho y contemplaban en ayuno el abatimiento de una familia política, asintiendo cuando el lloro calmo, carraspeando cuando el desespero. Examinaba a esos hijos postizos, empalidecidos, y volvía a asentir, volvía a carraspear. Peregrinar hasta ellos se convirtió en su acto secreto de contrición.

—Si supieras la vergüenza que me da estar aquí, poniéndote en este compromiso —relataba Águeda y temblaba—. Pero estoy *desesperá*, Marcelo, porque lo que pudieran hacerme a mí no me importa, pero lo que pudieran hacerles a ellos… Y mi Fali, el pobre… ¿No te han dicho *na*? ¿No te has *enterao* de *na* nuevo?

Nada le habían dicho y de nada se había enterado.

—Si es que soy un *mandao*, prima, no puedo hacer mucho más.

—Como si estuvieras tú haciendo poca cosa… Ojalá esto acabe pronto y podamos volver a nuestras vidas, pero te juro que no voy a olvidar lo que estáis haciendo por nosotros. Eso me lo voy a llevar yo aquí. —Y se golpeaba levemente el pecho; después suspiraba.

Esperar se convirtió en doctrina, y de las piernas plegadas y de los ayes partidos hicieron ellos su religión.

Torció agosto la esquina del calendario y algo mutó en el entrecejo de Marcelo; algo, en la liviandad de su voz. Se bruñeron los discursos de sombríos y pareció que de pronto se le aplomaba la esperanza.

—¡Qué ruina se nos viene encima! —exclamaba aspaventero—. Esto es una guerra como una catedral. Y tú, con los niños… ¡Qué

va! *Na* más asomaras el hocico, te llevaban presa a ti también. De aquí no podéis moveros, ya se nos caiga la casa encima.

Así comenzó a edificar su encarcelamiento, usando la argamasa del pesimismo. Departía con Águeda, sacudiendo la cabeza, repercutiendo de un extremo a otro el fragor de sus botas, siempre luctuoso. Los niños lo observaban, callados y flacos. Y se detenía por un instante en Soledad, apenas un segundo. ¡Oh, lo deplorable, lo aterrador! Y, de nuevo, Soledad…

—¡Menos mal que tenéis un sitio donde esconderos! —repetía y la examinaba de soslayo—. ¡Menos mal!

Quizá fueron tan cargantes sus malos agüeros que decidió limpiarse lo funesto en el agua clara de la joven y halló con frecuencia razones para rondarla. Tomaba una mano pequeña entre las suyas; ella enmudecía y notaba su agarre lo mismo que un grillete. El espacio vacío entre sus cuerpos —¡qué estorbo!—, a él le importunó y lo desestimó arrimándose un centímetro más cada día, una menudencia. Caminaba enhiesto como una estaca con la correa apretadísima en la cintura y se sentaba junto a Soledad para combarle a ella las espaldas con el relato de su desdicha; así hasta que se le extinguía el color en las mejillas y, demacrada, se encogía tal que un pajarillo bajo la lluvia para que concediera él su abrazo y la cobijara.

—Pero no te preocupes de *na*, niña —con qué poco convencimiento…—. Ya te cuido yo.

Sonreía la joven con sobriedad y se preguntaba en secreto qué lado del muro la aterraba más, si aquel que poblaban los feroces o este en el que los guardianes ataban en corto a los guardados.

Una tarde, asomado septiembre bajo la puerta, la desconcertó la expresión de Marcelo. Delante de Águeda, se le retorcía reseca la boca en hazañas malparadas, blanquecina y agrietada, pero la apartaba de ella y le mostraba la nuca como en venganza. Cuando ya se marchaba, ladeó un tanto la cabeza y de perfil le susurró:

—Esta noche, cuando se duerman *tos*, vente *pa* la cocina. No le digas *na* a tu madre, ¿entendido?

Lo entendió… Le latían a trombas las muñecas y batió cada verbo, cada gesto, en busca de un error. «¿Qué he hecho mal?», se preguntaba. «¿Por qué está enfadado conmigo?». Acaso las lágrimas no las encontrara él lo suficientemente penosas o ese temblor que la

domeñaba le supiera a Marcelo en exceso a frío. Quizá en la timidez le leyera, irrebatible, el desapego.

Aguardó en el colchón que compartía con Isabelita a que la respiración de su madre se hubiera suavizado, y trasladó entonces su cuerpo fino y su camisón tosco hasta la planta inferior. Bajó las escaleras y se topó con la silueta de la puerta que daba a la calle. Se sujetó del pasamanos para no caer. Del otro lado estaba el mundo, él tan amplio y tan encendido, hasta los dientes de mugre pero espléndido; allá habitaban la muerte y la salvación, ese padre desaparecido y un tiempo que le era ya ajeno, porque no era suyo, era de otros. Ella estaba en otra parte, en un ataúd acolchado donde golpeaba y no había un eco que lo demostrara, pero golpeaba, ¡demonios!, golpeaba. Soñó un segundo con girar el pomo y huir, invitar a la guerra al umbral, pues ya guerreaba ella por dentro, derrotarla o derrotarse a sí misma de una vez; pero pensó en Isabelita —ahora destemplada en el camastro—, en la viudez no demostrada de una madre perdida, en un hermano sin la altura adecuada para sostener un arma que sostendría, y así marchó hacia la cocina donde Marcelo la esperaba.

Traspuso el hueco desnudo en la pared y en el extremo opuesto lo halló, fumando ensimismado. La luz diezmada desde la ventana rielaba en el vaso de güisqui sobre la encimera. Al fin la vio. Sofocó el cigarrillo en el cenicero, pues ya no lo necesitaba. Con un dedo exigió silencio, con el otro señaló el cuartillo de la despensa, y Soledad anduvo, cabizbaja, desde un gris oscuro hasta un negror absoluto.

Cerró él la puerta a su espalda. Cerró, con ella, algo más.

—¿Es que no tienes bastante? —preguntó con el aliento tiznado de alcohol—. ¿Te parece poco lo que estoy haciendo por vosotros? Os he metido en mi casa, jugándome el pescuezo, escondiendo a tu madre que es una roja y *to* dios lo sabe. ¿Y así me lo pagas?

Ella no respondió. Conjuró esa oscuridad que los entenebraba y se clavó las uñas en los muslos. Bajaba los párpados y tiritaba.

—Lo siento, don Marcelo —articuló luego de un rato—. No sé de qué me habla…

—¡No te hagas la tonta, que eres tú *mu* lista! De cómo me tratas, como si fuera yo un *apestao*, como si tuviera la tiña.

—No es eso, lo que…

—Te toco y te retuerces, ¿quién te crees que soy? ¿Quién te crees que eres tú? Te estoy salvando la vida. ¿Tanto te cuesta ser cariñosa con el que te está quitando de la calle?

—Lo siento mucho, de verdad —añadió Soledad con la voz quebrada; el sudor rancio de Marcelo la aturdía—. Yo… le tengo solo gratitud por dejar que nos escondamos aquí. Le tengo mucho respeto y aprecio.

La respiración pesada, recortada por las sombras.

—¿Cuánto? —preguntó secamente—. ¿Cuánto me aprecias?

—Mucho. —Y fue esa su sentencia.

Una mano cerril le trepó hasta la cintura.

—¿Como *pa* darme un abrazo?

La joven vaciló. Calibró el peso de ese tacto sobre la cadera, el vacío que le estrangulaba la vista, el hedor a licor en su aliento, pero entrevió, como en un sueño, el bandeo de unas aceras bajo los pies pequeños de Isabelita, la intransigencia de un fusil clavado en la sien de Gonzalo, el crujir de un gatillo frente al ceño de su madre, y en aquella despensa se supo —tan ilesa ella y tan sana— herida de muerte.

—Por supuesto… —mintió.

Y ya quedaba todo dicho.

Marcelo la envolvió tal que una sábana mojada y ella se bebió el aroma turbio de su frustración. Notó su boca cerrada en un beso sobre la aorta y quiso que a colmillo abierto la dentellara y así la engullera de una vez. En cambio, hubo otro roce sobre la clavícula y ya le trepaba la curva leve de un pecho.

—¡No, no…! —comenzó, pero una lengua furiosa vino a robarle el habla; el sabor en los labios le revolvía el estómago.

Empujó a Marcelo, pero él la contuvo. Con una mano áspera le giró la cara.

—¿No ibas a ser cariñosa conmigo? —bisbisó—. ¿O prefieres ser cariñosa con los soldados que os lleven a tu madre y a ti? Yo te estoy dando un techo y comida. Ellos no iban a ser tan generosos. Tú eliges.

Cerró entonces los ojos hasta que no hubo párpados en el rostro. Aprisionaban los brazos de Marcelo, ella forcejeaba. Le arañaba la barba naciente, ella se debatía. Al fin, rodeada de quesos y de salmueras, frunció el ceño y suspiró: era así cómo elegía…

No quedó colmado, sin embargo, el afán aventurero de Marcelo, y a inspeccionar a Soledad dedicó —a partir de entonces— con frecuencia la madrugada. Ella perdió el sueño, ya no lo recordaba. Se amalgamaron los días unos con otros: era siempre el mismo, uno terrible y cruel. Una semana después, reparó Águeda en esos pómulos bruscos como escarpaduras, en la ojera irremediable, en el silencio… Se sentó a su lado y Soledad se estremeció.

—Vida mía, ¿te pasa algo? Te estás quedando tan flaca… ¿Qué tienes?

Apartó ella su preocupación con una mueca.

—Es por tu *pare*, ¿verdad? Yo tampoco me lo quito de la cabeza… —Se tanteó la frente, tal vez de pronto febril—. Mi Fali bueno… ¿Es eso? ¿O tienes miedo por la abuela, por si le pasa algo?

—No, no es la abuela —dijo mirándose las alpargatas.

—¿Entonces?

Contempló Soledad momentáneamente a su hermana, allí en un rincón, aferrada a una muñeca de trapo —todo hilos y manchas de café—, y luego columbró la mañana desentendida a través del cristal. Se rascó con ahínco el cuello, aunque no solo porque le picara.

—Es por mis hermanos —inventó—, aquí *encerraos*, como si hubieran hecho algo malo. Ojalá pudiéramos volver pronto a casa… —Y fueron sus ojos entonces como dos brasas, pues por fin decía la verdad.

—Ya me gustaría a mí, corazón, volver *p'atrás*, a cuando estábamos *tos* juntos, pero tenemos que seguir escondiéndonos aquí, no hay otro sitio. Debemos de ser fuertes las dos, porque te juro que yo sola no puedo. —La sostuvo por los hombros; ella desapareció entre sus manos—. Y las cosas se arreglarán, ya verás, saldremos de aquí pronto.

O quizás no… Afloró septiembre y se le mustiaron los ratos. Octubre tosió constipado y a calenturas desembocó en un noviembre lamentable. Diciembre se contoneó, famélico como ellos mismos, sobre el alféizar. Y esa sangre que no le subía a Soledad a la cara, ¿no sería la misma que le teñía —una mañana y otra— de escarlata la entrepierna? Un tiempo después no hubo sangre, pero sí un dolor quejoso detrás del ombligo, como si algo la perforara por dentro. Le flaqueaban las piernas junto al armario y un sudor frío le lamía

las sienes, sentada en el catre. Acudía luego un calambre tal en el estómago que sobre las mismas mantas vomitaba. El mundo giraba tan deprisa… Y Águeda atendía, descorazonada.

—Vida mía, ¿qué te pasa? —preguntaba—. Te me vas a quedar en los huesos, tanto devolver…

Cayó y calló 1936, él tan acongojado. Trajo enero un sustituto y una voluptuosidad repentina le brotó a la pequeña debajo el pecho. Se le alabeaban los muslos y ensanchaba la cintura. Ella bostezaba y la mataba —ahora sí— el sueño. Un día encontró la marca del cinto grabada sobre la piel tersa y comprendió que la guerra de dentro, también la de afuera, la había por fin derrotado.

—Madre —dijo cruzada de brazos, ojosa—, tengo que hablar con *usté*.

Águeda la atravesó sin mediar palabra y, ante su azul inabarcable, no encontró Soledad un lugar en el que refugiarse.

—Lo siento tanto… —se quebró a sollozos—, lo siento…

—¿A qué viene este berrinche?

La joven agachaba la cabeza y se encogía. Quiso levantar una mano, pero la halló traicionera y convulsa.

—Llevo… Llevo mucho tiempo pensando en contárselo, pero… me daba miedo…

—Hija mía de mi vida, ¿de qué me estás hablando?

—*Del*… Marcelo.

Examinó Águeda sus cejas curvas, esa lágrima encerrada entre las pestañas que quería caer, pero no caía, la barbilla fruncida… Reprimió la urgencia de salir corriendo.

—¿Qué pasa con él?

—Me… ha hecho cosas…

A la mujer se le esfumó el alma de un soplido.

—Me ha hecho cosas, madre, desde hace meses… Y me parece que estoy embarazada —anunció atropelladamente—. ¡Lo siento mucho, de verdad, lo siento…!

Oscilaron laxos los brazos de Águeda cuando se irguió sin percibir que se erguía y cantoneó hasta la nada en la pared sin expresión alguna en la cara, como una frase que alguien escribe y después borra, pues no la entiende.

—Perdóneme, por favor… —lloraba la adolescente—. Perdóneme…

—¿Desde cuándo? —musitó al fin, todavía de pie.

—Desde agosto, al mes de llegar.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo te lo has *callao to* este tiempo? —Un matiz de asco en la cara—. ¿Tú lo has *buscao*?

A Soledad se le desplomó la mandíbula de puro asombro.

—¡No! ¡Por Dios, madre, no! ¿Cómo puede pensar *usté* eso? Me daba miedo contárselo, porque no podemos irnos de esta casa. Él me lo ha dicho: la matarán a *usté* y a mis hermanos, como han hecho con mi padre.

—¡Tu *pare* no está muerto! —gruñó, y un mechón de pelo vino a rozarle la frente—. Está *detenío*, pero está vivo.

Soledad se cubría la boca, vigilando el rincón en el que dormitaban sus hermanos.

—Es una guerra, madre —explicó consternada—. *Usté* no quiere verlo, pero es una guerra. Y están ganando ellos y nos van a matar si nos vamos de esta casa. Por eso no le he dicho *na* todos estos meses, porque no quiero que la maten a *usté* también, no quiero que se lleven a mis hermanos.

Se miraron y fue mucho lo que —sin decir— se dijeron.

—Hijo la gran puta —maldijo luego de un rato de silencio—. A una niña de tus años… Le voy a sacar los ojos.

—¡No! —Ahora era Soledad quien se incorporaba—. ¿No me escucha *usté*? No podemos decirle *na*. ¿Quiere que nos echen a la calle y nos encarcelen? Aquí están seguros mis hermanos, aquí está segura *usté*.

—Y tú, ¿qué? Mira lo que te ha hecho el hijo puta.

—Es esto o que nos lleven presos. Esto o que la fusilen. —Una furia lacerante en los ojos—. Yo prefiero esto.

—Pero ¿estás *embarazá* seguro?

—No lo sé… Llevo dos meses sin el periodo, y los vómitos, los dolores… Míreme la barriga.

—¿Qué vamos a hacer? La Amparo se dará cuenta.

—Tenemos que esconderlo como podamos…

—¿Y cuándo no podamos?

Fracasó aquí su entereza. Le temblaron los párpados.

—No lo sé… —Y rodó, ahora sí, aquella lágrima mejilla abajo.

Comenzó entonces una carrera contra el tiempo, persiguiendo —en las lontananzas— ese arco del sol sobre el horizonte. Se auscultaba Soledad la circunferencia del vientre, colocándose las ropas para que un rebujo la desdibujara, pero se precipitaban las semanas desde un despacho carcelario y de morado se le teñían las piernas varicosas. La vida le engordaba piel adentro.

Secundaba la sombra los encuentros con Marcelo mientras fingía ella un frío que no sentía y una tos que no la atragantaba.

—Don Marcelo, no sé qué me está pasando, pero me encuentro *mu* cansada, *mu* débil —improvisaba—. Será la gripe o algo de los pulmones. No quisiera yo pegárselo…

Y así desfallecía, quejosa, derrengada en una silla.

Se filtró febrero desde el tejado y no quedaron mantas con las que cubrir ese cuerpo que se dilataba. Con la primera brisa de marzo llegaron los picores en la piel y las dudas al galope.

—No podemos seguir así, madre —apuntó una tarde—. Si se entera la prima Amparo…

—Lo sé, mi vida, pero no sé qué podemos hacer.

—Solo hay una opción. —La observó Águeda, tan inexperta y resuelta, con ese fulgor opacado en el centro mismo de las pupilas—. Tengo que irme.

Ella se llevó una mano al pecho y barruntó un cielo encapotado y tuerto sobre las azoteas, aun no habiendo una nube en el firmamento.

—¿Y *ande* vas a ir? —masculló—. A la casa de la abuela no puedes, es una locura…

—¿Y quedarme aquí no lo es? Los niños lo van a notar, que tontos no son, y el cuento de la enfermedad no me va a durar siempre. Había pensado en ir hasta Vera, a buscar a esa mujer que tiene la granja en Aljariz, la amiga de la abuela.

—¿La Carmina? ¿Y cómo vas a llegar hasta la granja?

—Conozco el camino hasta Vera y, una vez allí, le preguntaré a la gente. Fuera de Garrucha nadie sabe quién soy, y a lo mejor puedo convencerla para que nos deje escondernos a los cuatro allí con ella.

—¿Y el niño que traes? —Le posó una mano en el abdomen y lo notó ardiente—. ¿Qué vas a hacer con él?

Soledad le apartó la mano: así respondía.

—No puedo quedarme con este niño, madre, no puedo. No quiero mirarlo y acordarme cada día de *to* esto, de esta cárcel, *del* Marcelo. —Levantó al fin los ojos y Águeda contuvo el aliento—. No puedo…

Y no hubo más que decir.

Se henchía sobre los océanos la madrugada indecible cuando besaba una joven a una mujer llorosa. Se tocaron, se respiraron y ya no estaba… Traspuso Soledad —¿no sería en un sueño?— la frontera de su confinamiento y una luna también preñada sonrió por encima de las montañas. Abandonó el malecón, se adentró en la vereda de mostajos y sabinas, peregrinó hacia la sombra. De amanecida arribó a Vera con las alpargatas rotas y, a través de los vecinos, alcanzó la granja que regentaba Carmina. Hubo un sollozo nuevo por causas ya viejas, por los que habían caído y los que habrían aún de caer, y la llevó luego la mujer hasta un cuartucho sin puerta cubierto de heno.

En abril adecentó las pocilgas, contenta con ese olor que impregnaba las vigas y no era el de Marcelo. El cernidillo trajo a un mayo que le baldó las espaldas y la oronda tripa se le desbordó sobre el cinto. Abrió junio los ventanales y amarilleó el sol su pelo rubio. Al mediodía del trece, vino el dolor a someterla y a rendirle las cuentas pendientes.

Le separó Carmina las piernas lo mismo que a las cerdas y chilló hasta el delirio solo para insuflarle denuedo; le chorreaba el sudor por entre los pechos. Soledad gritaba también o acaso no gritara y le rasguñara la garganta solo un eco. A la quinta hora, ya exhausta, puso otra voz su berrido en el aire, y una piel caliente le manchó de humores el cuello.

Había un latido más en el mundo.

Cuando pudo con los días mantenerse ella sola en pie y un vértigo estorboso no le confundía el sentido, tomó de un camastro al niño y enfiló la senda de vuelta hasta el pueblo de Vera.

¿A quién sostenía en los brazos?, se preguntó. ¿Quién era esa criatura que, siendo propia, no lo era? Porque arrastraba el pecado de un abuso, sí, pero llevaba él dentro la misma sangre suya. En el regazo portaba a un hijo —entendía Soledad—, pero paseaba en el alma la muerte. Apresuró los pasos, doblada la medianoche, como hiciera un tiempo atrás huyendo de la vergüenza. ¿Y de qué huía ahora? Quizá de un amor que no deseaba firmar con el nombre, de

un desconsuelo que la entorpecería con el vaivén de los años; por ventura del hedor quemante del damnificado. O acaso de aquel que le había partido en dos la vida…

Al girar la esquina de la plaza del Hospital, vislumbró el perfil recio del hospicio del municipio. Localizó el ventanuco que ocultaba el torno y la náusea antigua quiso herrumbrarle de nuevo la boca. Por encima de los árboles, hurgaban las estrellas, desdeñosas.

—Ojalá hubieras llegado a mí en otro momento —le susurró al bebé con los ojos clavados en la madera: no soportaba verlo—, de otra manera, con un padre distinto. Pero así… ¿Cómo iba a quererte?

Le ardían las mejillas que lavaba el llanto.

—¿Qué iba a hacer yo contigo? Tienes que quedarte aquí, con las monjas. Ellas te darán lo que yo no puedo darte: un cariño, un afecto, una familia, con el tiempo. Ojalá hubieras llegado de otra forma… —La encanaba la pena y se asfixiaba—. Te hubiera *querío* tanto… ¿Por qué ha tenido que ser así?

Desde detrás de las nubes, despejó la luna su fría presencia, y la halló Soledad apesadumbrada, tal vez herida por el tormento que a otro afligía. Recordó de improviso una vieja historia que le contaba su padre mientras ella se dormía, la de un profeta nacido en Canaán, al que el sol, la luna y las estrellas reverenciaron en un sueño. Rememoró su voz ya desfigurada, esa sonrisa enorme que le iluminaba la cara —¿dónde quedó?—, la caligrafía extraña de cuatro símbolos escritos de derecha a izquierda sobre una hoja en blanco. «Mira, Soledad», le decía como quien revela un secreto. «Este era su nombre».

Entonces hubo un impulso irrefrenable y ya buscaba en derredor un algo de qué agarrarse. Allí la vio, junto a un banco: una higuera cuajada de brevas. Anduvo hasta ella y tomó un fruto entre las manos, maduro y rebosante. Sujetando con cuidado al niño que llevaba junto al pecho, lo abrió en dos mitades mostrando su carne carmesí. Luego se untó el meñique en ella y tomó un extremo del paño con el que cubría al pequeño. Lentamente, con esmero, plasmó sobre la tela amarillenta aquellos mismos cuatro caracteres que le mostrara su padre. «Para que también tú sueñes con un cielo que te admire», pensó, y tembló al hacerlo. «Y algún día dejes atrás tu desierto».

Caminó después hacia el hospicio. Ahora sí miraba a su hijo y él también la miraba.

—Te he dado un nombre *pa* que nadie lo entienda —le confesó—. Las monjas te pondrán otro y te conocerán por él. Nadie sabrá cómo te llamas de verdad, solo yo. Y entonces, algún día, cuando tú y yo nos vayamos de aquí, cuando haya todo *pasao* y nada nos duela, vendré a buscarte, te lo juro. Y te llamaré por tu verdadero nombre. Será la primera y la última vez. Algún día, después de esta vida horrible que nos ha tocado —con qué dolor en las entrañas—. Algún día…

El tintineo de una campanilla fracturó en dos la noche. Un torno giró hacia dentro; una joven corrió sucia de lágrimas; parpadeó, en su sudario, la luna triste.

Y el destino rubricó a sangres, nuevas y eternas, sus alianzas.